

ag 1128

13

A73215

MI AMIGO CARLOS LEON,
EL HOMBRE DE PLAYA ANCHA

ALFONSO CALDERON 30

Nunca supe bien si mi amigo Carlos León disfrutaba, al igual que el héroe de su novela *Todavía*, más de los acontecimientos ocurridos o del recuerdo de éstos. Sí puedo decir que usaba un anillo con piedra negra, el cual me parecía algo así como un continente en donde se guardaba el filtro de los Borgia o la celeberrima "piedra lunar", esa que da el nombre a uno de los libros que él más amó. No hablaré de su amor por los relojes, por los trajes plomos de franela o por las "pluma-fuentes", que le encantaba tener encapuchadas por placer estético y no por regodeo crematístico, en una línea sólida que iba del oro a la plata.

Siempre dijo que no tenía apego excesivo a la vida, porque ello le parecía "inelegante", justificando haber fumado, casi desde niño, los melancólicos *Baracos*, que daban un chirrido al encenderlos (posiblemente por el bórax que deben haber llevado en su cuerpo). Miles de miles de cigarrillos, aunque soñaba con haber podido, en la niñez, cambiar clavos de ataúd que convertía en humo por unos espléndidos *Abdullah*, *pétalos de rosa*. Porque el humo mismo le parecía hermoso y espiritual y lo expulsaba alegremente, después de haberse recargado con él en largas aspiraciones que terminaban en una especie de taconeo certero, propio quizás de la milonga.

Le atraía a mi amigo la piedad, "esa forma de amor dolorido", y la hallaba más limpia, dulce y perfecta, superior "a la justicia y a la belleza" y era un enamorado del fuego, sin ser pirómano. Este "metejón" —como explicaba— le vino de la gracia de admirar los leños que se quemaban ante un espectador privilegiado capaz de tener el tiempo necesario para atizarlo, con el mismo espíritu con el cual Toscanini se acercaba al podio para dirigir la Sexta Sinfonía, de Beethoven. Escribió: "Además del calor que proporciona la chimenea, el permanente y nunca repetido resplandor de las llamas me alegra y entretiene,

entre la ciencia y el arte n.º 31, Volpiano, segundo semestre 1982

lo mismo que el incesante movimiento de las olas. Yo, que poseo una irresistible vocación para no hacer nada, permanezco horas mirando embobado esa luminosa canción callada”.

Su rostro adquiría un aire mesmeriano, a partir, por cierto, de una mirada, la suya, precursora de la sonrisa, en cuanto veía a alguien disfrutar como un niño con las alegrías de segundo grado procurada por los programas más estúpidos de la televisión. Porque a él no le venían con historias y, en carácter de narrador de sí mismo, supo que no deseaba forjarse, en la oficina, una reputación heroica. Más bien admitió mantenerse en pie debido a la concreta, “y poco elegante”, necesidad de vivir y a una, a su juicio, indispensable “vaga esperanza”.

Supo contar en sus libros casi todo sobre los hombres grises. No de los aburridos ni de los borregos, sino de aquellos que dicen siempre “estoy pobre”, en lugar de “soy pobre”. Todos cuantos pierden el yo en un culto por ascender nominalmente en la escala humana, como “esa legión de intermediarios, estimulada por la Administración, paralela a ella y que la sigue como ese ejército no castrense, situado antaño a la retaguardia de los regulares”, en el lugar exacto de la corriente en donde el funcionario “elimina el último residuo de individualidad”.

Carlos fue un hombre de gran paciencia, dado al ejercicio de la bondad, tal vez por timidez. Se sentía atraído por los pelmas, oyéndolos sin traba ni paradilla. Le leían estos, en un bar o en una casa elegante, en una embajada o en un prostíbulo, libros completos. Se les propinaban sin más, pero él —según me contó— se defendía “poniendo sólo la cara. “Siempre en el tema, citaba a Aldous Huxley, ese escritor que brilló antaño “con el fulgor de una estrella fugaz”, el cual dividió a los pelmas en “adhesivos” y en “perforantes”.

Quería como a un hermano al comisario Maigret, quien se le parecía en su bondad natural, con voluntad de ganar tiempo en la conversación o ejercitándose en la compasión, que prodigaba a manos llenas. Entre los libros favoritos de Carlos León se hallaban las *Memoorias de Maigret*, un libro perfecto que él regalaba a cuantos estimase dignos de leerlo. Sabía de memoria el último párrafo de *Retrato del artista adolescente*, de James Joyce, y conocía todos los poemas de Ezra Pound.

Marcel Proust le parecía el único habitante de este planeta, en toda su historia, capaz de percibir la unidad del mundo, siguiendo el

juego contrapuntístico del tiempo y de la memoria. Como el narrador proustiano u otro personaje del libro concebía a toda rubia hermosa como "la *Cefora* de Boticelli", y a una apagada y fuera de todo la emparentaba con "la *Caridad* del Giotto". Y a una pelma que no se tenía con la lengua invariablemente poníala a acompañar a madame Verdurin.

Más de una vez me convidó —en tiempos normales— a comer al Club Naval de Valparaíso, en donde llamaba "almirante" al guarda-comedor, con el fin de gustar unos espárragos recién preparados por Francisca, los mismos de Combray, vistos en casa de la tía Leontine, por el tiempo en que el pequeño Marcel tuvo la figuración con la taza de tila y la magdalena. Cuando ya la dieta lo iba convirtiendo en involuntario mirón de mesa, decía que se enriquecía espiritualmente viendo comer alegremente a sus amigos, servidos de modo ejemplar por aquel inolvidable "almirante", quien jamás se permitía intervenir en asuntos de civiles ilustrados, y menos entregarse al uso indecente de la chirigota propia de chararileros.

Carlos emitía diez frases por hora, todas ellas inmortales. De un tipo que había amanecido mal debido a brindis excesivos, decía: "está que escupe pólvora". De otro, que venía siendo evitado por todo el mundo, murmuraba: "cae mal aun entre los bomberos, que agradecen siempre en cuanto llega alguien nuevo". De otro recordaba que al presentar a su mujer, escasamente agraciada, le murmuró en voz no muy baja: "perdone, pero la cara no la acompaña mucho". De un funcionario de la oficina en que Carlos "trabajaba" (a él le agradó siempre poner este término entre comillas, con el fin de evitar sospechas acerca de un deseable ascenso), que se dio a la cura de almas, adivinó la "comprensión radiante" y la atribuyó, sin malignidad, a una "entusiasta lectura de Maritain".

Al acercarse la madrugada, conversando, solía recordar a los héroes del cine mudo: a Tom Mix y a Harry Carey, a Perla White, la de *¿Se salvará Paulina?*; a Mary Pickford, con su rostro de adolescente perpetua y aquellos su bucles o moñitos destinados a evitar la corrosión del tiempo. Rememoraba los atardeceres de 1938, cuando sólo se oía la hermosa voz de Pedro Vargas prodigar *Noche de ronda*.

Su fervor, no obstante, se hallaba en el tango. Gardel, con *Vieja recoba* y *Farabute*; Ignacio Corsini, su favorito, con *La pulpera de Santa Lucía* y *Betimotti*. Edmundo Rivero, que muñequaba la muerte con

Sur y con *El último organito*. Sin embargo, en su casa de Playa Ancha, cuando yo me quedaba a dormir allí, desempolvaba un disco de 78 revoluciones, *Las marionetas*, por el propio Corsini, y encendía el fuego, aún en diciembre, mientras se oía:

*Arriba, doña Rosa;
Don Pánfilo, ligero;
y aquel titiritero
de voz aguardentosa
nos daba la función.*

Dejó varios libros, todos breves y hermosos, dignos de él *Sobrino único* (1954), *Las viejas amistades* (1956), *Sueldo vital* (1964), *Retrato hablado* (1971), *Algunos días* (1974), *Hombres de palabra* (1979), *Todavía* (1981), y *El hombre de Playa Ancha* (1984); amó la amistad y a Valparaíso, como Lukas, otro ausente que nos falta demasiado. Murió con la discreción que había empleado para vivir, evitando "molestar a los demás". Quizás permaneció a solas, pensando en las palabras que el narrador usa en *Sobrino único*, cuando observa que tal vez las cosas sucedidas hayan sido "como un lento aprendizaje, como un largo camino en cuyo término el mismo niño de otro tiempo, envejecido ahora, ordena y organiza, para rescatar del caos, su angustia y su soledad esencial".

Fue un "curador" que pasó por esta vida protegiendo a la amistad. ¡Nos veremos en Playa Ancha!